

ALFONSO REYES FRENTE AL EPISODIO HISTORICO DE LA INDEPENDENCIA: UNA ACTITUD CONTRADICTORIA

EUGENIA HOUVENAGHEL

0. Introducción

La Independencia constituye uno de los grandes momentos y uno de los grandes temas de la historia de Hispanoamérica. En consecuencia, la producción historiográfica sobre el proceso emancipador ha sido enorme, sobre todo en la primera mitad del siglo XX. Navarro García (1989: 531-532) resume las dos principales interpretaciones “patrióticas” –contrapuestas, por cierto– de la Independencia. Por un lado, la versión oficial que circula en las nuevas naciones e inspira sus himnos nacionales, habla de la Independencia como de un hecho glorioso, inspirado en la lucha por la libertad, de la que ya habían dado ejemplo los norteamericanos y los franceses, y en las revueltas indígenas, desde Cuauhtémoc a Túpac Amaru, para poner término al opresivo gobierno español. Del otro lado, del español, la Independencia se presenta como una historia de rebeldes y traidores, fruto de una conspiración internacional alimentada por Inglaterra y la masonería, una calamidad originada por la perniciosa penetración del liberalismo en el mundo hispánico. Reconocemos, pues, en esta oposición la eterna división entre prohispanistas y americanistas que atraviesa la historiografía de Hispanoamérica como un hilo conductor.¹

La escasez de textos por parte de Alfonso Reyes acerca de un episodio tan crucial en la historia de Hispanoamérica como es el proceso de emancipación resulta verdaderamente sorprendente, máxime, si tenemos en cuenta la amplitud y variedad de su obra ensayística, al margen ya de su consabido interés histórico. Parece, efectivamente, que el tema no ha entusiasmado en absoluto a Reyes, comprobación que, ya de por sí, resulta significativa. Esta desidia ante la independencia le ha impedido ordenar sus ideas al respecto, unas ideas que aparecen dispersos a lo largo de su producción ensayística en lugar de reunirse en un ensayo o algunos textos dedicados al tema. En el presente trabajo, nos preguntaremos por las causas de este aparente desinterés e intentaremos reconstruir la imagen que, de tan trascendental proceso, se había forjado nuestro autor.

1. “Canto a Hidalgo”²

Por lo que se refiere a “Canto a Hidalgo”, un elogio del cura de Dolores, conviene recordar las palabras del historiador Simpson (1977: 211-219), quien distingue dos “Hidalgos”: por un lado el hombre —con sus imperfecciones y limitaciones— y por otro, la figura simbólica, el mito.³ Obviamente, el autor dedica su ensayo a este último Hidalgo, esto es, a la figura sublimada, el símbolo de la independencia mexicana. En efecto, su persona se sacraliza a través de aquellas palabras de Reyes en las que se sentencia que de esa “aureola de canas resulta un halo

de santidad” (CH: 294)⁴, que “su hazaña” se precipita con “cierta vertiginosidad de meteoro sagrado”(CH: 296) o en aquellas otras en las que describe a Hidalgo como “propio Querubín de nuestra zona” (CH: 296).

No resulta difícil reconocer, en las anteriores palabras, una técnica ya clásica en el discurso epidíctico a la hora de enaltecer y deificar el objeto de elogio y que consiste, precisamente, en comparar el laudandus con un héroe o con un dios de la mitología o de la literatura clásicas. Reyes opta, en “Canto a Hidalgo”, por establecer un parangón entre el cura de Dolores y el héroe virgiliano por excelencia, cotejo que domina todo el discurso epidíctico que estamos analizando. El autor basa su comparación en el hecho de que Hidalgo era, por un lado, un hombre de cultura penetrado por el nuevo espíritu liberalizador que llegaba desde Francia y, por otro, un hombre enraizado en la tierra, conocedor del cultivo de la vid y de la cría del gusano de seda. Al margen de este parangón, que nuestro ensayista elabora con sumo detalle, podemos rastrear, en este ensayo, otras comparaciones entre el héroe mexicano y diversas figuras de la Antigüedad Clásica, símiles que, por lo general, se adornan con el empleo de una esmerada lengua repleta de figuras estilísticas.

El elogio titulado “Canto a Hidalgo” hubiera podido cerrarse, perfectamente, con una de las elaboradas comparaciones que hemos comentado, pero le sigue un párrafo sobre las relaciones entre Hispanoamérica y España que no se aviene, en demasía, con el tono general que domina el resto del ensayo. El fragmento en cuestión no sólo llama la atención por razones de disposición que anularían el efecto conmovedor del periodo poético que acabamos de citar, sino también por razones

temáticas evidentes. En efecto, este pasaje es el único que no versa sobre la figura simbólica y mitificada del “Padre de la Patria”, sino que, en él, Reyes plantea, de forma manifiesta, que la independencia no debe entenderse únicamente y ni siquiera principalmente como un movimiento de oposición a España. El proceso de la independencia está constituido, más bien, como cambio de un sistema por otro: el régimen monárquico, absolutista y católico, por otro republicano, democrático y liberal.

En cuanto al sentido de la independencia, representado en Hidalgo, baste por ahora decir que la independencia consiste tanto en arrancarse de un Imperio, como en arrancarse de un pasado caduco. Por lo cual la República Española quiso aparecérsenos un instante como la última hermana de la familia que había realizado su emancipación. (CH: 296)

Lo que más nos interesa aquí es que este punto de vista implica, como dice Rodríguez, que la independencia no fue tanto un movimiento anticolonial como la ruptura de un sistema político mundial: “La independencia de la América española no consistió principalmente en la separación de la Madre Patria, como en el caso de los Estados Unidos”, concluye Rodríguez (1996: 291), “sino que destruyó un sistema social, político y económico”. En definitiva, don Alfonso defiende la “concordia” de América con la antigua metrópoli al subrayar que el movimiento de la independencia no debe entenderse como una revolución contra España.

2. “México en una nuez”⁵

“México en una nuez” es un discurso histórico y más concretamente un resumen de la historia mexicana desde la colonización hasta la Revolución que tuvo lugar en 1910. El relato del famoso motín iniciado en la noche del 15 de septiembre de 1810, sirve al ensayista para continuar el tercer apartado del ensayo “México en una nuez”. Con todo, Reyes no ofrece, ni mucho menos, un informe histórico objetivo, sino que, por el contrario, aprovecha el acontecimiento histórico como pretexto para poner de manifiesto la pobreza y el carácter humilde de los insurgentes, pero omite, suponemos que conscientemente, el hecho de que estos hombres mataron cruelmente, bajo el mando de Hidalgo, a muchos “gachupines”, tanto civiles como militares.⁶ Igual que en el texto “Canto a Hidalgo”, don Alfonso evita, pues, el hablar de la rivalidad y las tensiones que dividieron los diferentes grupos sociales en las colonias.

Desde una observación sobre el hecho de que la renovación en México y en toda Hispanoamérica –como lo formula Halperin Donghi– “avanzó durante una primera etapa en el marco de una escrupulosa fidelidad a la Corona” (1997: 82), no es difícil hacer la transición al apartado IV, en el que don Alfonso alega –al margen de otras reflexiones que obligan a disculpar las faltas que, durante el proceso de colonización, España cometió en los territorios americanos– que la independencia de

las antiguas colonias españolas no debe entenderse como un movimiento contra la metrópoli. Efectivamente, todos sabemos que la tiranía, opresión, oscurantismo y la Inquisición han sido clásicos tópicos manoseados para enjuiciar la obra de España en América. Reyes, en cambio, entiende que este movimiento emancipatorio, “en el sentido más profundo y verdadero de la moral y de la política” (MN: 48)⁷, no se dirige, fundamentalmente, contra España, declarando que “la independencia [...] se ha hecho, por lo menos, tanto contra un Estado como contra un pasado”, y “a veces”, añade, “me parece que más bien esto último” (MN: 48). En otras palabras, lo que parece representar una condena de España está, para el ensayista mexicano, provocado para condenar al Antiguo Régimen por los que pretendían la innovación.

Así las cosas, España e Hispanoamérica no se conciben como dos territorios enfrentados por intereses opuestos, sino que, por el contrario, aparecen hermanados en su afán de renovación y en su voluntad por modernizarse y este empeño, entiende Reyes, culminará, en el caso de España, con el nacimiento de la República, mientras que, en los países americanos, se alcanzará con la emancipación y el nacimiento de las diferentes Repúblicas. Así, pues, el lector no se extrañará de leer que “las independencias y la instauración de la República en España son dos tiempos paralelos de la misma evolución histórica”, y que “a unas y a otra las gobierna y las justifica igual filosofía” (MN: 48).

En el apartado IV de su ensayo “México en una nuez”, Reyes se detendrá a argumentar, más ampliamente, en favor de esta tesis. El mencionado capítulo presenta una construcción anular, en tanto que se abre y concluye con un llamamiento a la reconciliación entre las antiguas colonias y la vieja metrópoli, circunstancia que, a

juicio de Reyes, corresponde a la culminación de cualquier proceso de independencia. En efecto, al comienzo de este capítulo, leemos que “la verdadera independencia no existe mientras quedan resabios de rencor o de pugna”; más adelante, nuestro autor recuerda que “la verdadera independencia es capaz de amistad, de reconocimiento, de comprensión y de olvido” (MN: 47) y, finalmente, a la conclusión del mismo, Reyes retoma esta idea para sentenciar que “en la varonil fraternidad –que no se asusta ya de la natural interdependencia–, en el sentimiento de amistad e igualdad se reconoce al independiente que ha llegado a serlo de veras.” (MN: 47)

Ahora bien, pese a este suave tránsito entre los apartados III y IV, llama poderosamente la atención el hecho de que el argumento principal de este último capítulo no encaje bien con la temática general del ensayo en su conjunto; en este sentido, convendría recordar que “México en una nuez” constituye un breve resumen de la evolución histórica del territorio de México. Dentro del marco de esta revisión histórica de México, el apartado dedicado a España, obviamente, resulta discrepante.⁸

3. Conclusiones

Las conclusiones de un comentario tan breve y basado en material tan escaso, se reducen, necesariamente, a una tentativa de organizar los pocos datos extraídos en una hipótesis más o menos coherente. El comentario que, en este capítulo, hemos llevado a cabo no ofrece otra conclusión sino la de que, tanto en “Canto a Hidalgo”

como en el ensayo “México en una nuez”, el autor pinta una imagen idealizada y dulcificada de los hechos: evita hablar de las tensiones entre los criollos y los peninsulares y de la violencia que acompañaron el proceso de emancipación. Con el fin de dar brillo a este episodio y de enaltecer a sus protagonistas, recurre a diversas estrategias estilísticas. En definitiva, no se trata de una versión objetiva y realista de los hechos, sino de una interpretación del proceso que silencia la rivalidad entre dos grupos sociales, fomentada por el gobierno de la metrópoli.

Al mismo tiempo, hemos comprobado cómo el ensayista rechaza la idea de que la independencia haya sido un movimiento contra la metrópoli. Los capítulos dedicados a España difieren, notablemente, de la temática e, incluso, del proyecto global del ensayo en el que se incluyen. Hemos visto que tanto en “Canto a Hidalgo” como en “México en una nuez”, los pasajes relacionados con España no encajan con la línea general del discurso, de manera que la única explicación convincente para justificar su presencia radica en el hecho de haber nacido como consecuencia de la intensa preocupación de Reyes por la buena imagen de España en un proceso como el de la emancipación, en el cual los territorios colonizados se vuelven en contra de la metrópoli, y por la unidad del mundo hispánico. Hemos visto cómo esta preocupación le lleva a defender la labor de España en América durante la etapa colonial. Reyes subraya que sería falso concluir que la guerra por la emancipación fue obra de un pueblo ansioso por sacudirse el yugo de la tiranía española. Efectivamente, esta interpretación de la independencia es la causa, precisamente, de las inquietudes mostradas por el ensayista mexicano, desazón que se traduce en un llamamiento a la reconciliación con el antiguo colonizador. Así, pues, hemos de concluir que esta inquietud de Reyes respecto a la imagen de España pesa tanto en la mente de don

Alfonso que es capaz, incluso, de romper la cohesión temática de los ensayos que estamos analizando.

En definitiva, la emancipación es considerada por nuestro autor como un elemento positivo, por un lado, dado que lo considera digno de ser elogiado a través de una alabanza del héroe nacional Hidalgo y un elemento negativo, por otro, en tanto que el suceso ha quebrantado la unidad de España y América. La falta de un estrecho y amistoso contacto con el colonizador eclipsa, parcialmente, la gloria de la independencia dado que la verdadera madurez implica, para Reyes, que la fraternidad reemplaza el rencor en todo el mundo hispánico. Comprobamos, pues, que en el pensamiento del ensayista, dos tareas difícilmente reconciliables e iguales de importantes se asocian al episodio histórico de la independencia: glorificar el nacimiento de México, por un lado, y defender la labor de España en la antigua colonia, por otro. Aventuramos la hipótesis de que en esta contradicción se halla la razón por la que Alfonso Reyes no se entusiasmó por el episodio histórico de la independencia y nunca se decidió por ordenar sus ideas al respecto en un ensayo unívoco.

Fonds voor Wetenschappelijk Onderzoek– Vlaanderen

Universiteit Gent

Notas

1 El deseo de llegar a una comprensión más objetiva y realista de los hechos llevará a nuevos análisis respecto al proceso de emancipación. Citemos, sin ir más lejos, las dos líneas de interpretación que Navarro García (1989: 533) considera vigentes hoy en día: la teoría de la crisis política causada por la invasión napoleónica y el movimiento liberal peninsular, por un lado y la teoría de la repulsa de las colonias frente al creciente despotismo borbónico, por otro. Otras líneas de interpretación (tales como la teoría de la conspiración internacional que enfatiza la política de Inglaterra; la teoría de las revoluciones norteamericana y francesa; la teoría de la madurez o de la mayoría de la edad de las colonias; teoría del odio de las razas) han perdido, según Navarro García, vigencia en la historiografía moderna.

2 “Canto a Hidalgo”, Marginalia (Segunda Serie) [1909-1954], O.C. t. XXII: 294-296. Abreviaremos: CH. Este artículo se remonta al año de 1953, fecha en la que fue publicado en la prensa mexicana, y constituye un elogio del cura del pueblo de Dolores.

3 Para una dura crítica de esta idealización de la figura de Hidalgo, véase André (1922 157-187). Hidalgo es, para el historiador, “el bandido de Dolores, el padre de la anarquía sangrienta transformado en padre de la patria”. “Ningún ideal generoso”, concluye André (1922), “anima a las hordas de 1810 y al jefe que las sigue mas bien que las dirige; sólo los excita la sed de asolar, de robar y de matar.”

4 El subrayado, aquí y en las dos citas siguientes, es nuestro.

5 “México en una nuez”, Norte y Sur, O.C. t. IX: 45-48. Abreviaremos: MN. Escrito en 1930, es un resumen de la historia mexicana y fue leído, en Río de Janeiro, con motivo de la celebración del festival de Amigos de la República Española (3-XI-1937)

6 Véase p.ej. Simpson, 1977: 214-215: “Dueños los insurgentes de la alhóndiga, dieron rienda suelta a su venganza: los rendidos imploraban en vano la piedad del

vencedor, pidiendo de rodillas la vida: gran parte de los soldados del batallón fueron muertos; otros escaparon quitándose el uniforme y mezclándose entre la muchedumbre. Entre los oficiales perecieron muchos jóvenes de las más distinguidas familias de la ciudad... Algunos procuraban ocultarse en la troje número 21, en la que estaba el cadáver del intendente con los otros; pero descubiertos, luego eran muertos sin misericordia.”

7 En “Canto a Hidalgo”, se refiere “al sentido de la Independencia” (296).

8 Una posible explicación a este desvío en la atención desde México hasta España, y, en concreto, hacia la conducta española respecto a su imperio colonial, podría hallarse en el público específico ante el cual Reyes pronunciaba su discurso, leído, recordémoslo, con motivo de la celebración del “Festival de Amigos de la República Española”.

Obras citadas

André, Marius. 1922. El fin del imperio español de América. Barcelona: Araluce – Subirana.

Halperin Donghi, Tulio. 1985. Reforma y disolución de los imperios ibéricos. 1750-1850. Madrid: Alianza.

Navarro García, Luis. 1989. “La Independencia de Hispanoamérica” en Vázquez de Prada, V. y Olabarri, I. Balance de la Historiografía sobre Iberoamérica [1945-1988]. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, 527-549.

Reyes, Alfonso. “Canto a Hidalgo” en Marginalia (segunda serie). O.C. t. XXII: 294-296.

Reyes, Alfonso. “México en una nuez” en Norte y Sur. O.C. t. IX: 45-48.

Rodríguez, Jaime. 1996. La independencia de la América española. México: El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica.

Simpson, Lesley Byrd. 1977. Muchos Méxicos. México: Fondo de Cultura Económica.